

LOS CRÍMENES DEL MONOGRAMA

Un nuevo caso de Hércules Poirot

SOPHIE HANNAH

LOS CRÍMENES DEL MONOGRAMA

Un nuevo caso de Hércules Poirot

Agatha Christie

Traducción de Claudia Conde



EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *The Monogram Murders*

© Agatha Christie Limited., 2014

AGATHA CHRISTIE®, POIROT® y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Todos los derechos reservados

Agatha Christie

© por la traducción, Claudia Conde, 2014

© de la traducción del Soneto 70 de William Shakespeare: Agustín García Calvo, publicado por Editorial Anagrama S.A., 1974

© Espasa Libros S. L. U., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición de la obra completa: septiembre de 2014

ISBN de la obra completa: 978-84-670-4218-4

Composición: Víctor Igual, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Para Agatha Christie

Capítulo 1

Jennie la fugitiva

—Lo único que digo es que esa mujer no me gusta —susurró la camarera del pelo eléctrico. Fue un susurro en voz alta, fácilmente audible para el cliente solitario del café Pleasant, que se preguntó si «esa mujer» sería otra camarera o una clienta habitual del establecimiento, como él—. ¿Acaso es obligatorio que me guste? Si tú tienes otra opinión, eres muy libre.

—A mí me pareció simpática —replicó la camarera bajita de cara redonda con menos convencimiento que un momento antes.

—Está así porque tiene el orgullo herido. En cuanto se recupere, volverá a destilar veneno por la lengua. Es el mundo al revés. He conocido a muchas como ella y no puedes confiar en ese tipo de gente.

—¿El mundo al revés? ¿Por qué lo dices? —quiso saber la camarera de cara redonda.

Hércules Poirot, el único cliente del café, pasadas las siete y media de la tarde de un jueves de febrero, comprendió lo que quería decir la camarera del pelo eléctrico y sonrió para sus adentros. No era la primera vez que le oía una observación perspicaz.

—Si alguien está pasando una mala racha y te dice una impertinencia, se lo puedes perdonar. Yo también lo he hecho alguna vez y no me importa reconocerlo. Pero cuando estoy bien, quiero que todo el mundo esté igual de con-

tento. Así es como debe ser. Sin embargo, los que son como ella te tratan peor cuanto mejor están. No te fíes de esa gente.

«*Bien vu* —pensó Hércules Poirot—. *De la vraie sagesse populaire.*»

La puerta del café se abrió de repente y dio un golpe contra la pared. Bajo el dintel apareció una mujer envuelta en un abrigo marrón claro y tocada con un sombrero de un tono más oscuro. Era rubia. Poirot no pudo verle la cara, porque tenía la cabeza vuelta sobre un hombro, como si estuviera buscando a alguien que fuera detrás.

Bastó que la puerta permaneciera abierta unos segundos para que el aire frío de la noche expulsara toda la calidez de la pequeña sala. En condiciones normales, Poirot se habría puesto furioso, pero se sentía intrigado por la recién llegada, que había irrumpido de manera tan ostentosa y no parecía preocupada por la mala impresión que pudiera causar.

Poirot apoyó la palma de la mano sobre la boca de la taza, con la esperanza de conservar caliente el café. Ese pequeño establecimiento de paredes arqueadas situado en Saint Gregory's Alley, en una zona que distaba mucho de ser la más salubre de Londres, servía el mejor café de todos los que Poirot había probado en sus viajes por el mundo. En realidad, no acostumbraba beber café antes de la cena, ni tampoco después —de hecho, la sola idea lo habría horrorizado en circunstancias normales—, pero todos los jueves, cuando acudía al Pleasant a las siete y media en punto, hacía una excepción, y la anomalía semanal se había convertido en una pequeña tradición.

Otras tradiciones relacionadas con ese establecimiento en particular le resultaban menos agradables, como la de tener que colocar correctamente los cubiertos, la servilleta y el vaso de agua sobre la mesa cada vez que se sentaba. Era obvio que a las camareras les bastaba con ver los cubiertos sobre la mesa, aunque estuvieran dispuestos de cualquier modo. Pero Poirot no estaba de acuerdo con

ellas y todas las veces, nada más llegar, se tomaba la molestia de poner en orden su mesa.

—Perdone, señorita, ¿le importaría cerrar la puerta, si piensa entrar? —le dijo Pelo Eléctrico a la mujer del sombrero y el abrigo marrones, que seguía aferrada al marco de la puerta, con la cara vuelta hacia la calle—. Y si no va a entrar, también. Los que estamos aquí dentro no queremos congelarnos.

La mujer entró y cerró la puerta, aunque no se disculpó por haberla mantenido tanto tiempo abierta. Su respiración entrecortada se oía desde la otra punta de la sala. Parecía como si no notara la presencia de los demás. Poirot la saludó con un discreto «Buenas tardes», y ella se volvió a medias hacia él, pero no le respondió. Tenía los ojos desorbitados y su estado de alarma era tan intenso que incluso un desconocido podía sentirlo como una fuerza física.

Poirot ya no estaba tranquilo como cuando había llegado. Su apacible estado de ánimo se había esfumado.

La mujer se acercó a toda prisa a la ventana para asomarse a mirar. «No verá lo que busca, sea lo que sea», pensó Poirot. Cuando se contempla la oscuridad de la noche desde un recinto bien iluminado, es imposible distinguir nada del exterior, sobre todo porque el cristal refleja la imagen de la sala donde uno se encuentra. Aun así, la mujer siguió mirando un buen rato por la ventana, aparentemente empeñada en vigilar la calle.

—¡Ah, pero si eres tú! —dijo Pelo Eléctrico con un toque de impaciencia en la voz—. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

La mujer del sombrero y el abrigo marrones se volvió.

—No, yo... —Las palabras le brotaron como un sollozo, pero enseguida logró controlarse—. No. ¿Puedo sentarme a la mesa del rincón? —añadió, indicando con un ademán la más alejada de la puerta.

—Puedes sentarte donde quieras excepto a la mesa del caballero. Todas están dispuestas para recibir a los clien-

tes. —Al mencionar a Poirot, Pelo Eléctrico se acordó de él y le dijo—: Su cena está quedando muy bien.

Poirot se alegró de que así fuera. La comida del Pleasant era casi tan buena como el café. De hecho, cuando se paraba a pensarlo, le resultaba difícil dar crédito a la realidad incuestionable de que todas las personas que trabajaban en esa cocina eran inglesas. *Incroyable*.

Pelo Eléctrico se volvió hacia la afligida mujer.

—¿Estás segura de que no te ocurre nada, Jennie? Se diría que acabas de verle la cara al demonio.

—Estoy bien, gracias. Lo único que necesito es una taza de té caliente y muy cargado. Lo de siempre, por favor.

Jennie corrió a sentarse a la mesa del rincón más apartado, sin mirar a Poirot al pasar junto a él. El caballero giró apenas la silla, para poder observarla. Seguramente le ocurría algo, pero era evidente que no quería hablar de ello con las camareras del café.

Sin quitarse el abrigo ni el sombrero, la mujer se sentó de espaldas a la puerta de la calle; pero en cuanto se acomodó, se volvió una vez más para echar un vistazo por encima del hombro. Aprovechando la oportunidad de examinar su rostro con más detenimiento, Poirot dedujo que debía de tener unos cuarenta años. Sus grandes ojos azules, fijos y muy abiertos, parecían estar contemplando un espectáculo estremecedor. «Se diría que acabas de verle la cara al demonio», había dicho Pelo Eléctrico. Sin embargo, hasta donde Poirot alcanzaba a ver, no había nada aterrador que se ofreciera a la vista de Jennie: solamente una sala cuadrada con mesas y sillas, un perchero para sombreros y abrigos en una esquina, y unos estantes combados, abrumados por el peso de numerosas teteras de diferentes colores, modelos y tamaños.

Si algo había de pavoroso en la sala, eran esos estantes. Poirot no podía comprender que nadie los cambiara por otros rectos, como tampoco entendía que alguien pudiera colocar un tenedor sobre una mesa cuadrada sin asegurarse de

que quedara perfectamente alineado con el borde de la mesa. Sin embargo, no todo el mundo pensaba como Hércules Poirot, y ese era un hecho que él había aceptado tiempo atrás, tanto en sus aspectos ventajosos como en sus inconvenientes.

Vuelta sobre sí misma en su asiento, la mujer —Jennie— contemplaba la puerta con ojos desorbitados, como si esperara que alguien irrumpiera en cualquier momento. Estaba temblando, quizá en parte de frío.

No —Poirot corrigió su primera impresión—, ni siquiera en parte de frío. El ambiente dentro del café volvía a ser agradablemente cálido, y puesto que Jennie seguía empeñada en vigilar la puerta, pero se había sentado en el lugar más apartado y de espaldas a la entrada, solo cabía una conclusión.

Poirot recogió su taza de café y se dirigió hacia la mesa de la mujer. Tras observar que no lucía una alianza de matrimonio en el dedo anular, le dijo:

—¿Me permitirá que me siente un momento con usted, mademoiselle?

Le habría gustado arreglar los cubiertos, la servilleta y el vaso de agua tal como había hecho en su mesa, pero se contuvo.

—¿Perdón? Sí, supongo que sí.

El tono de la mujer revelaba una indiferencia absoluta. Lo único que acaparaba su atención era la puerta del café. La seguía contemplando ansiosamente, sin dejar de volverse en la silla.

—Con mucho gusto me presentaré. Soy... ejem...

Poirot se interrumpió. Si revelaba su identidad, Pelo Eléctrico y la otra camarera oirían su nombre y él dejaría de ser para ellas el «caballero extranjero», el policía retirado, llegado del continente. El nombre de Hércules Poirot obraba un efecto poderoso en algunas personas. A lo largo de las últimas semanas, desde que había entrado en un placentero estado de hibernación, Poirot había vuelto a ex-

perimentar, por primera vez en muchos años, la tranquilidad de no ser nadie.

Sin embargo, era obvio que Jennie no estaba interesada en su nombre, ni en su presencia. De la esquina de uno de sus ojos había brotado una lágrima que empezaba a resbalarle por la mejilla.

—Mademoiselle Jennie —dijo Poirot, con la esperanza de atraer su atención si la llamaba por su nombre de pila—, yo fui policía. Ahora estoy retirado, pero antes, cuando trabajaba, vi a muchas personas en un estado de agitación similar al suyo. Y no estoy hablando de personas desdichadas, aun cuando abundan en todos los países. No; me refiero a personas que creían estar en peligro.

Por fin había conseguido despertar su interés. Jennie lo miró con sus grandes ojos temerosos.

—¿Es usted... policía?

—*Oui*. Retirado hace muchos años, pero...

—Entonces ¿no puede hacer nada en Londres? ¿No puede...? Quiero decir..., ¿no tiene ningún poder? ¿No detiene delincuentes, ni nada de eso?

—Exacto. —Poirot le sonrió—. En Londres soy simplemente un señor mayor que disfruta de su jubilación.

La mujer llevaba casi diez segundos sin mirar la puerta.

—¿Tengo razón, mademoiselle? ¿Se siente usted en peligro? Cuando se vuelve para mirar por encima del hombro, ¿lo hace porque sospecha que la persona a quien teme la ha seguido hasta aquí y puede entrar por esa puerta en cualquier momento?

—¡Sí, lo reconozco! ¡Estoy en peligro! —Parecía ansiosa por decir algo más—. ¿Está usted seguro de que ya no es policía ni nada que se le parezca?

—Ni nada que se le parezca —la tranquilizó Poirot, pero como no quería darle a entender que carecía por completo de influencia en ese ámbito, añadió—: Aun así, si necesita ayuda de la policía, tengo un amigo detective en Scotland

Yard. Es muy joven, no tiene más de treinta años, pero estoy convencido de que llegará lejos. Estará encantado de hablar con usted. Por mi parte, puedo ofrecerle...

Poirot se interrumpió cuando se acercó la camarera de cara redonda con una taza de té.

Tras servírsela a Jennie, se retiró a la cocina, donde también se había refugiado Pelo Eléctrico. Sabiendo lo mucho que disfrutaba la camarera comentando el comportamiento de los clientes habituales, Poirot supuso que para entonces habría iniciado un animado coloquio sobre el Caballero Extranjero y su inesperada visita a la mesa de Jennie. Poirot no tenía costumbre de hablar más de lo necesario con los otros clientes del Pleasant. Excepto en las ocasiones en que cenaba allí con su amigo Edward Catchpool —el detective de Scotland Yard con quien compartía temporalmente alojamiento en una casa de huéspedes—, solía sentarse solo, como correspondía al espíritu de su hibernación.

Las camareras y sus chismorreos no le preocupaban, e incluso agradecía que se hubieran ausentado de manera tan conveniente. Esperaba que de ese modo Jennie le hablara con más franqueza.

—Estaré encantado de aconsejarla, mademoiselle —dijo.

—Es usted muy amable, pero nadie puede ayudarme. —Jennie se enjugó los ojos—. ¡Ojalá fuera posible! ¡Nada me gustaría más que eso! Pero es demasiado tarde. Ya estoy muerta, ¿lo entiende?, o lo estaré muy pronto. No puedo esconderme eternamente.

«Ya estoy muerta...» Sus palabras fueron como un viento frío que recorrió la sala.

—Así que ya ve; no hay posibilidad alguna de ayuda —prosiguió ella—. Y aunque la hubiera, yo tampoco la merecería. Sin embargo..., me siento un poco mejor con usted sentado a mi mesa. —Se había rodeado con los brazos, ya fuera para darse ánimo o en un vano intento por contener el temblor que la agitaba. No había bebido ni un sorbo

de té—. Quédese, por favor. No ocurrirá nada mientras esté hablando con usted. Es un consuelo, al menos.

—Mademoiselle, esto es sumamente alarmante. Ahora usted está viva y debemos hacer lo necesario para que lo siga estando. Dígame, por favor...

—¡No! —La mujer abrió los ojos como platos y se echó atrás en la silla—. ¡No, usted no debe hacer nada! ¡Nadie debe hacer nada para impedirlo! Es imposible detenerlo. Es irremediable, inexorable. Cuando yo esté muerta, por fin se habrá hecho justicia.

Se volvió de nuevo y miró la puerta por encima del hombro.

Poirot frunció el ceño. Quizá Jennie se sintiera un poco mejor desde que él se había sentado a su mesa, pero él se encontraba mucho peor.

—¿La he entendido bien? ¿Insinúa que la está persiguiendo alguien que pretende asesinarla?

Jennie fijó en él sus ojos azules anegados en lágrimas.

—¿Contará como asesinato, si me doy por vencida y lo acepto? ¡Estoy tan cansada de huir, de esconderme, de vivir con miedo! Si tiene que pasar, quiero que acabe de una vez. Seguramente ocurrirá, porque es preciso. Es la única manera de arreglar las cosas. Es lo que merezco.

—Imposible —replicó Poirot—. Sin conocer los detalles de su situación, tengo que expresarle mi desacuerdo. El asesinato nunca puede ser la solución. Mi amigo el policía la ayudará. Debe usted permitir que la ayude.

—¡No! ¡No debe decirle ni una palabra de esto, ni a él ni a nadie! ¡Prométame que no dirá nada!

Hércules Poirot no tenía por costumbre hacer promesas que no pudiera cumplir.

—¿Qué puede haber hecho usted que requiera la muerte como castigo? ¿Ha matado a alguien?

—Si así fuera, no habría ninguna diferencia. El asesinato no es el único crimen imperdonable, ¿sabe? Imagino que us-

ted nunca habrá hecho nada verdaderamente inexcusable.

—¿Y en cambio usted sí? ¿Cree que debe pagar su error con su vida? *Non*. Eso no está bien. Si acepta acompañarme a la casa de huéspedes donde me alojo... Está muy cerca de aquí. Mi amigo de Scotland Yard, el señor Catchpool...

—¡No!

Jennie se levantó bruscamente de la silla.

—Por favor, mademoiselle, siéntese.

—¡No! ¡Oh, he hablado demasiado! ¡Qué estúpida soy! He accedido a hablar con usted únicamente porque me ha parecido amable y he pensado que no podía hacer nada. Si no me hubiera contado que estaba jubilado y que venía de otro país, no le habría dicho ni una sola palabra. Prométame una cosa. Si me encuentran muerta, pídale a su amigo el policía que no busque al asesino. —Cerró los ojos apretando los párpados y entrelazó con fuerza las manos—. ¡Por favor, no deje que nadie abra las bocas! Este crimen no debe resolverse nunca. Prométame que se lo dirá a su amigo el policía y que insistirá hasta que él acepte. Si en algo aprecia la justicia, haga por favor lo que le pido.

Se dirigió precipitadamente hacia la puerta. Poirot se incorporó para seguirla, pero al observar la distancia que la mujer había recorrido en el tiempo que él tardó en despegarse de la silla, se dejó caer otra vez con un hondo suspiro. Era inútil. Jennie había desaparecido en la noche y él nunca lograría alcanzarla.

Se abrió la puerta de la cocina y apareció Pelo Eléctrico con su cena. El olor le revolvió el estómago. Había perdido el apetito.

—¿Dónde está Jennie? —le preguntó la camarera, como si en cierto modo lo hiciera responsable de la desaparición de la mujer.

En realidad, Poirot se sentía responsable. Si hubiera reaccionado más rápido, si hubiera escogido las palabras con más cuidado...

—¡Es el colmo! —Pelo Eléctrico dejó caer el plato de Poirot sobre la mesa y se marchó otra vez hacia la puerta de la cocina. Mientras la empujaba para abrirla, gritó—: ¡Esa Jennie se ha largado sin pagar!

—Pero ¿cuál será la deuda que se siente obligada a pagar? —murmuró Hércules Poirot para sus adentros.

Un minuto después, tras un intento tan breve como infructuoso de prestar la debida atención al *soufflé* de carne picada y *vermicelli*, Poirot llamó a la puerta de la cocina del Pleasant. Pelo Eléctrico la entreabrió apenas, impidiendo que el cliente viera nada, excepto su figura esbelta en el vano de la puerta.

—¿Alguna queja, señor? ¿Algún problema con su cena?

—Permítame que pague el té de mademoiselle Jennie —propuso Poirot—. A cambio, le agradeceré que acepte contestar un par de preguntas.

—¿Así que conoce a Jennie? Nunca los había visto juntos hasta ahora.

—*Non*. No la conozco. Por eso quiero hacerle unas preguntas.

—Si no la conocía, entonces ¿por qué se sentó con ella?

—Vi que tenía miedo y que estaba muy agitada. Me inquietó su estado. Pensé que podría ofrecerle algún tipo de ayuda.

—A los que son como Jennie nadie puede ayudarlos —afirmó Pelo Eléctrico—. De acuerdo, contestaré a sus preguntas. Pero antes le haré una yo: ¿dónde me ha dicho que fue policía?

Poirot se abstuvo de indicarle que ya le había hecho tres preguntas y que por lo tanto esa era la cuarta.

Ella lo miró como forzando la vista.

—En un sitio donde se habla francés pero que no es Francia, ¿verdad? —dijo—. Ya he visto la cara que pone

cuando las otras chicas dicen «el francés» refiriéndose a usted.

Poirot sonrió. Quizá no hubiera ningún mal en que la camarera supiese su nombre.

—Me llamo Hércules Poirot, mademoiselle, y soy belga. Encantado de conocerla.

Le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Yo soy Fee Spring. En realidad, me llamo Euphemia, pero todos me llaman Fee. Si me llamaran por mi nombre completo, se quedarían sin aliento y ya no podrían decirme nada más, ¿no le parece? Aunque tal vez sería mejor para mí.

—¿Sabe el nombre completo de mademoiselle Jennie?

Fee señaló con la cabeza la mesa de Poirot, donde aún seguía humeando el plato con su cena.

—Siéntese a cenar. Volveré en menos de lo que canta un gallo —dijo, mientras retrocedía abruptamente y le cerraba la puerta en las narices.

Poirot se dispuso a volver a su mesa, pensando que quizá debía aceptar el consejo de Fee y darle otra oportunidad a la carne picada. Era muy reconfortante hablar con alguien que se fijaba en los detalles. Hércules Poirot no solía encontrar mucha gente como ella.

Fee reapareció al cabo de un momento con una taza en la mano, pero sin platillo. Sorbió el té al tiempo que se sentaba en el lugar que había ocupado Jennie. El ruido que le arrancó a la silla fue muy molesto, pero Poirot logró reprimir una mueca de disgusto.

—No sé mucho acerca de Jennie —dijo ella—, solo lo que he podido deducir de algunos comentarios sueltos que ha hecho. Sé que sirve en casa de una señora importante que tiene una gran mansión. Está interna. Por eso viene a menudo por aquí: para recoger el café y los pasteles que encarga «lady Fulanita de Tal» para sus cenas y sus fiestas. Viene de la otra punta de la ciudad, o al menos eso me dijo una vez.

Muchos de nuestros clientes habituales hacen un buen trecho para venir hasta aquí. Normalmente, Jennie se queda y pide un té. «Lo de siempre, por favor», dice nada más llegar, como si fuera una gran señora. Supongo que habla así para darse aires de dama, porque esa no es su forma auténtica de hablar. Quizá por eso nunca dice demasiado, porque sabe que no puede sostener mucho tiempo el engaño.

—Pero ¿cómo sabe usted que mademoiselle Jennie no habla siempre así? —preguntó Poirot.

—¿Alguna vez ha oído que una sirvienta se exprese con tanto refinamiento? Yo no.

—*Oui, mais...* Entonces ¿son especulaciones tuyas y nada más?

Muy a su pesar, Fee Spring tuvo que admitir que no lo sabía con certeza. Desde que la conocía, Jennie siempre había hablado «como una gran señora».

—Si algo bueno puedo decir de ella es que Jennie es «de té», así que al menos tiene algo de cordura en la cabeza.

—¿De té?

—Eso mismo. —Fee frunció la nariz mientras echaba una mirada a la taza de Poirot—. La gente que bebe café cuando podría beber un té tiene un tornillo flojo, si no le importa que se lo diga.

—¿No sabrá por casualidad el nombre de la patrona de Jennie o la dirección de esa gran mansión suya? —preguntó Poirot.

—No, ni tampoco sé cómo se apellida ella. Solo sé que sufrió un revés sentimental muy grande hace muchos años. Lo dijo una vez.

—¿Un revés sentimental? ¿Le contó de qué tipo?

—Del único que existe —respondió Fee, incisiva—, del que la deja a una destrozada.

—Lo que quiero decir es que los reveses sentimentales pueden tener muchas causas: un desengaño amoroso, la trágica pérdida de un amor de juventud...

—Ah, no. Nunca nos lo ha contado —replicó Fee, con un resto de amargura en la voz—. Ni tampoco lo hará. Habló solamente de una desgracia, sin añadir nada más. Ya sabe que Jennie no habla. Aunque en este momento estuviera aquí, sentada en esta silla, también le sería imposible ayudarla. Se encierra en sí misma. Es el problema de Jennie. Le gusta compadecerse y regodearse en sus desdichas.

«Se encierra en sí misma...» Esas palabras avivaron en Poirot el recuerdo de otra noche de jueves en el Pleasant, varias semanas atrás, cuando había escuchado a Fee hablar de una clienta. Repitió entonces lo que había oído en aquella ocasión:

—Nunca hace preguntas, *n'est-ce pas?* Tampoco parece interesada en las relaciones sociales ni en la conversación. Ni se preocupa por averiguar las últimas novedades de la vida de los demás, ¿verdad?

—¡Eso mismo! —Fee pareció impresionada por su clarividencia—. No tiene ni pizca de curiosidad. No conozco a ninguna persona tan perdida en sus preocupaciones como ella. Es como si no viera el mundo que la rodea, ni nos viera a los demás. Nunca nos pregunta cómo estamos, ni qué hemos hecho. —Fee ladeó ligeramente la cabeza—. Usted lo pilló todo al vuelo, ¿verdad?

—Yo solo sé lo que aprendo de escucharla a usted mientras habla con las otras camareras.

Fee se ruborizó.

—Me sorprende que se tome la molestia de escuchar.

Poirot no quería abochornarla más, de modo que no le contó que siempre esperaba ansiosamente las descripciones que ella hacía de los clientes, un grupo que él consideraba de manera colectiva como «los personajes del Café». Uno de ellos, por ejemplo, era el señor Pensándolo Bien, que solía pedir la cena y cancelar el pedido al cabo de unos segundos, porque, «pensándolo bien», no era lo que quería.

El momento no era el más adecuado para preguntarle a

Fee si también tenía un apodo para referirse al propio Hércules Poirot en su ausencia, quizá alguno que hiciera alusión a sus bigotes exquisitamente cuidados.

—Así que mademoiselle Jennie no siente ninguna inclinación por enterarse de los asuntos de los demás —dijo Poirot pensativo—; por el contrario, a diferencia de otras personas que no se interesan por la vida ni por las ideas de sus semejantes y sin embargo hablan largo y tendido de sí mismas, ella tampoco habla de su vida ni de sus problemas, ¿no es así?

Fee arqueó las cejas.

—Muy buena memoria la suya. Ha vuelto a acertar. No, Jennie no suele hablar de sus cosas. Contesta a las preguntas, pero no se alarga en las respuestas. Se resiste a que la distraigan demasiado tiempo de los pensamientos que la reconcomen, sean los que sean. Su preocupación es su tesoro oculto, solo que no la hace feliz. Hace mucho que renuncié a entenderla.

—Pasa todo el tiempo pensando en su revés sentimental —murmuró Poirot—. Y en el peligro.

—¿Habló de un peligro?

—*Oui*, mademoiselle. Siento no haber actuado con suficiente rapidez para evitar que se marchara. Si le ocurriera algo... —Poirot negó con la cabeza, deseando poder recuperar la sensación de paz y tranquilidad que tenía al llegar. De repente, tomó una decisión y, para rubricarla, golpeó la mesa con la palma de la mano—. Volveré *demain matin*. Ha dicho usted que mademoiselle Jennie suele venir a menudo, *n'est-ce pas*? Yo la encontraré, antes que el peligro. ¡Esta vez Hércules Poirot será más rápido!

—Lento o rápido, dará lo mismo —dijo Fee—. Nadie puede encontrar a Jennie, aunque la tenga delante de las narices, ni tampoco hay nadie que pueda ayudarla. —Se puso de pie y recogió el plato de Poirot—. No tiene sentido dejar que se enfríe una buena cena solamente por eso —añadió.